

## CAPITULO II

Los delegados mexicanos llegan á Miramar. —Discurso del señor Gutiérrez de Estrada. —Res-  
 puesta del archiduque. —El gobierno francés debe preparar las vías para el establecimiento de la monarquía en México. —El nuevo comandante en jefe. —Carta del emperador al general Bazaine (12 de septiembre de 1863). —Organización financiera. —Carta del 29 de septiembre. —Extracto de una correspondencia anónima. —El general Félix Douay. —Estado de los espíritus en México. —El general Forey entrega el mando (30 de septiembre). —Proclama del general Bazaine á los mexicanos. —La canción de la partida: “¿Partirá, no partirá?”

Los delegados llevaban consigo el acta de la asamblea de notables del 10 de julio, las actas de adhesión al imperio de las ciudades de Puebla, Toluca, Orizaba, Córdoba, Veracruz y treinta y siete pueblos de los alrededores de estos grandes centros.

Eran, en suma, muy escasos resultados, después de tantos esfuerzos y de tan larga campaña. Lejos se estaba aún del *voto nacional*, que el archiduque Maximiliano pusiera como condición indispensable para aceptar. Pero nuestro ministro, á quien le corría prisa de triunfar y, sobre todo, de obtener las apariencias del triunfo, había impuesto al general Almonte una desagradable pre-

cipitación hecha más bien para comprometer los intereses de Francia y de Maximiliano que para servirlos. Verdad es que esas adhesiones se presentaban sólo como un principio, como la muestra del voto del país.

La diputación mexicana llegó el 10 de octubre á Trieste, donde fué recibida en el Ayuntamiento. Al día siguiente, su presidente, señor Gutiérrez de Estrada, pidió las órdenes del archiduque y el 3 de octubre de 1863 casi dos años— día por día—después de las primeras insinuaciones transmitidas por el conde de Rechberg, la delegación fué recibida en el castillo de Miramar, á la una de la tarde, en el gran salón azul del piso bajo.

El señor Gutiérrez de Estrada dirigió al archiduque Maximiliano un largo discurso, del que copiamos estos pasajes:

“Señor:

“La nación mexicana, restituida apenas á su libertad por la benéfica influencia de un monarca poderoso y magnánimo, nos envía á presentarnos á Vuestra Alteza Imperial, objeto y centro hoy día de sus más halagüeñas esperanzas.

“No hablaremos, señor, de nuestras tribulaciones y nuestros infortunios de todos conocidos, al punto de haberse hecho para tantos el nombre de México sinónimo de desolación y ruina.

“Intérpretes harto débiles nosotros de ese aplauso general del amor, de las esperanzas y los ruegos de toda una nación, venimos á presentar en



su nombre á Vuestra Alteza Imperial, la corona del Imperio Mexicano que el pueblo, por un decreto solemne de los Notables, ratificado ya por tantas provincias, y que lo será en breve, según todo lo anuncia, por la nación entera, os ofrece, señor, libre y espontáneamente.

“La empresa es grande, pero es aún más grande nuestra confianza en la Providencia; y que debè serlo, nos lo dicen bien claro el México de hoy y el Miramar de este glorioso día.”

A esta alocución, pronunciada en francés, Maximiliano respondió, sirviéndose de la misma lengua:

“Señores:

“Estoy vivamente agradecido al voto emitido por la Asamblea de los Notables de México, en su sesión de 10 de julio, y que vosotros estais encargados de comunicarme.

“Lisonjero es para nuestra casa que las miradas de vuestros compatriotas se hayan vuelto hacia la familia de Carlos V, tan luego como se pronunció la palabra monarquía.

“Por noble que sea la empresa de asegurar la independencia y la prosperidad de México, bajo la égida de instituciones á la par estables y libres, no dejó yo de reconocer, en perfecto acuerdo con S. M. el emperador de los franceses, cuya gloriosa iniciativa ha hecho posible la regeneración de vuestra hermosa patria, que la monarquía no podría ser allí restablecida sobre una base legítima y perfectamente sólida, á menos que la na-

ción toda, expresando libremente su voluntad, quisiera ratificar el voto de la capital. Así, pues, del resultado de los votos de la generalidad del país, es de lo que yo debo hacer depender en primer lugar la aceptación del trono que me es ofrecido.

“Por otra parte, comprendiendo los sagrados deberes de un soberano, preciso es que yo pida en favor del Imperio que se trata de reconstituir las garantías indispensables para ponerlo al abrigo de los peligros que amenazarían su integridad é independencia.

“En el caso de que esas prendas de un porvenir asegurado fuesen obtenidas, y de que la elección del noble pueblo mexicano, tomado en su conjunto, recayese sobre mí, fuerte con el asentimiento del augusto jefe de mi familia, y confiando en el apoyo del Todopoderoso, estaré dispuesto á aceptar la corona.

“Si la Providencia me llamara á la alta misión civilizadora, ligada á esa corona, os declaro desde ahora, señores, mi firme resolución de seguir el saludable ejemplo del Emperador mi hermano, abriendo al país, por medio de un régimen constitucional, la ancha vía del progreso basado en el orden y la moral, y de sellar con mi juramento, luego que aquel vasto territorio sea pacificado, el pacto fundamental con la Nación. Sólo así podría ser inaugurada una política nueva y verdaderamente nacional, en que los diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos, trabajarían en común para dar á México, el puesto eminente que parece estarle destinado entre los pueblos,



bajo un gobierno que tenga por principio hacer prevalecer la equidad en la justicia.

“Tened á bien, señores, dar cuenta á vuestros conciudadanos de las determinaciones que acabo de anunciaros con toda franqueza, y provocar las medidas necesarias para consultar á la Nación respecto del gobierno que intente darse.”

Esta respuesta no dejó de causar viva decepción: no era eso, precisamente, lo que la delegación aguardaba. En efecto, el archiduque, al mismo tiempo que trazaba para su futuro gobierno un programa muy liberal, propio para satisfacer las legítimas aspiraciones de los mexicanos, reservaba su aceptación, de modo perfectamente neto. No quería instauraciones sorpresivas, ni podía considerar cual cosa sería las adhesiones de algunas ciudades que se hallaban en poder del ejército francés. No por eso rehusaba; pero consideraba prudente el esperar que más numerosas manifestaciones, y acaso más espontáneas, disiparan las últimas dudas acerca de la acogida que su candidatura al trono encontraba en la masa del país.

Su lenguaje significaba, al mismo tiempo, respecto de Francia, una notificación de continuar la expedición y de “pacificar el vasto territorio” de México.

Pero la palabra pacificación no era aquí más que un eufemismo que significaba conquista. Era preciso conquistar todo México. La cuestión consistía en saber si, una vez obtenido este resultado, la voluntad popular, apoyo de las esperanzas

de todos esos conquistadores á su pesar, se manifestaría con energía suficiente. Porque el Emperador no desconocía esta gran verdad histórica que su primo, el príncipe Napoleón, debería resumir, algunos años más tarde, en esta frase á la vez trivial, brutal y exacta:

—Todo se puede hacer con las bayonetas, menos sentarse encima de ellas.

La fuerza, en efecto, puede edificar imperios, pero no hacerlos durar.

Como quiera que fuese, la situación exigía nuevos esfuerzos y nuevos sacrificios. El Emperador se resolvió á ellos; pero no contempló esta necesidad sin vivas aprensiones, porque, por una serie de efectos de la mala suerte, sus designios primitivos venían á ser ya irrealizables.

Cuando comenzó esta expedición—no nos cansaremos de repetirlo, en vista del persistente error del público—no llevaba otra mira sino el establecimiento de un dique destinado á contener para siempre á los Estados Unidos y á disputarles la hegemonía sobre el resto de América.

Para conseguir ese objeto, contaba con encontrar dos puntos de apoyo: el sur, que á la sazón se hallaba en plena guerra con el norte, y la voluntad misma de México, de constituir un gobierno regular, presidido por un príncipe europeo.

El primer error, en el que le hicieron caer informes inexactos, si no mentirosos, consistió en creer que en México la opinión se hallaba en ese estado; el segundo, consecuencia del primero, consistió en no enviar más que un puñado de



hombres. Nuestro fracaso y el tiempo que fué preciso perder antes de que nuestros soldados entrasen vencedores en Puebla y en México, cambiaron el problema por su base. El Emperador había creído poder contar con el voto de México: este voto nos era hostil. Había creído, igualmente, poder contar con el sur: el sur estaba derrotado y nuestra intervención se encontraba, ahora, en frente de dificultades interiores y de dificultades exteriores.

¿Qué partido tomar? Lo más prudente hubiese sido, sin duda, reconocer el error cometido y hacer lo que hubo de hacerse tres años más tarde: renunciar á una obra imposible y evacuar el país. Sí; pero para ello hubiera sido necesaria una prudencia desconocida de los políticos—jugadores á su modo. ¿Qué jugador se retira ante la mala suerte? Mientras más persistente es, más próximo se cree el regreso de la fortuna y más se empeña el jugador.

Luego—es preciso decirlo—los ditirámicos despachos del mariscal Forey, el optimismo con que creía juzgar de cosas y de espíritus cuando no juzgaba más que su propia obra, todo permitía al Emperador figurarse concluida la época de las grandes dificultades y pensar que se aproximaba un desenlace que, siquiera no fuese el entrevisto y buscado desde el principio, no dejara de ser solución satisfactoria, ó por lo menos, no tan humillante como la evacuación lisa y llana.

Convencido, finalmente, de que los que encargara de ilustrarle le habían engañado; persuadido

de que los generales, á quienes confiara la dirección militar, no habían sido más felices, por no decir más capaces, que los agentes á quienes entregara la dirección política, el Emperador se lisonjaba, pensando que con cambiar de personal, mejoraría en mucho la situación. Volviale ya la confianza, pensando que el nuevo comandante en jefe era el general Bazaine, tan bravo y tan diligente hasta entonces. Esperaba que éste, por lo menos, le diría la verdad y le ayudaría un poco á salir de sus perplejidades, al mismo tiempo que tomaría con mano firme la dirección de los negocios. Fácil nos es suministrar la prueba de este estado del ánimo del Emperador: se contiene en la carta confidencial que escribió al general el 12 de septiembre:

“Biarritz, 12 de septiembre de 1863.

“Mi querido general:

“Son por tal manera contradictorias las noticias que me llegan de México, que es difícil para mí saber lo que allí pasa. Me limitaré, pues, por ahora, á recordar á vd. los principios en que debe reposar nuestra intervención. Nuestro objeto principal consiste en pacificar y organizar á México, llamando á todos los hombres de buena voluntad, sin precipitarnos en medidas reaccionarias.

“El programa publicado por el general Forey debe servir á vd. de regla de conducta y es de importancia empeñarse en que sea fielmente ejecutado. Por más que exista un gobierno provisio-



nal—medida indispensable para que no se pensase que quería cogerme México—el general francés tiene el deber de impedirlo todo y decidirlo todo por medio de su influencia. No puedo admitir que, después de haber conquistado México, nos limitáramos á ser testigos impasibles de medidas arbitrarias y opuestas á la civilización moderna. Cuento, pues, con vd., general, para dirigir al gobierno provisional por una vía que sin duda será la de la firmeza, pero que debe ser también la de la justicia y la conciliación.

“Es esencial que la elección del archiduque Maximiliano sea ratificada por el mayor número posible de mexicanos, porque su apresurado nombramiento ha tenido el defecto muy grande de no parecer en Europa la expresión legítima de los votos del país. La gran dificultad, sobre todo, consiste—así lo comprendo—en restablecer la calma. Para ello, debe vd. dirigir todos sus cuidados á la reorganización del ejército mexicano y á ganar la simpatía de los indios que componen la gran mayoría de la población. Mucho me agrada, general, el recibir directamente sus impresiones y sus ideas acerca del porvenir del país y acerca de la manera de consolidar nuestra obra. Espero que, dada la ayuda de fuerzas mexicanas, tendrá vd. á su disposición suficiente número de tropas francesas. Si no fueren suficientes, dígamelo con franqueza.

“Tome vd. informes confidenciales acerca de las minas de Sonora y dígame si sería posible más tarde ocuparlas. Asegure al ejército, general, que

estoy muy satisfecho con su conducta; y reciba las seguridades de mi estimación y amistad.

“NAPOLEÓN.

“Como tengo aquí mucha amistad con la familia Errazu, le recomiendo de un modo especial, para cuando haya ocasión, á los parientes de ella que se encuentran en México.”

Se encuentra en esta carta un eco de este pensamiento del Emperador, que sería posible reembolsarse de los gastos de la expedición, por medio de un gran empréstito que México contrataría. Ya se ha visto cuales eran sus ilusiones al respecto. Parece que M. Budín, á quien correspondía precisamente la reorganización económica del país, no hizo nada para informar con exactitud á su gobierno. Puede juzgarse hasta que punto se alejaban de la verdad las cifras dadas por el Emperador en su carta á Forey, de 30 de enero de 1863, sabiendo que el mejor año financiero del emperador Maximiliano, cuando todo el país, con todos sus puertos, estaba ocupado de Guaymas á Veracruz, no produjo sino 110 millones de francos, cuando Napoleón III estimaba, por lo menos, en 100 millones los gastos de la administración mexicana, en tiempo normal.

Conservando sus ilusiones acerca de este punto, ya había sido bastante chasqueado, para que no tratase de saber la verdad acerca de una situación que le preocupaba sin cesar. El gobierno francés buscaba con empeño las cartas particulares que venían de México. Resultaba que, entre



los informes oficiales, casi siempre optimistas y las noticias privadas, más sinceras y, por consiguiente, menos favorables, había notables divergencias. Tal es lo que el Emperador llama "noticias por tal manera contradictorias....."

He aquí una de esas cartas, inédita asimismo, fechada en México el 26 de julio de 1863 y que el ministro de la guerra volvió á enviar al general Bazaine, pidiéndole que le dijese lo que pensaba acerca de ella:

"Mi querido Eduardo:

"La correspondencia del paquete de San Nazario está retrasada como de costumbre y no les llegará, sin duda, sino con la del paquete inglés. Los retardos son penosos y hoy lo lamento, tanto más cuanto que tu carta debe de hablarme del efecto que en París y en tí mismo haya producido la toma de Puebla, pues sé que esta noticia llegó á Francia el 10 de junio, día de la entrada del general Forey en México.

"Todos éramos felices ese día; pero aquí lo éramos más, porque el placer que vds. tenían en París debía ser turbado por el pensamiento de lo que aun nos quedaba por hacer, lo cual ya estaba hecho por nosotros, mediante la entrada de nuestros soldados en México. Ya te he contado, si bien de un modo muy sumario y muy incompleto, todo lo que pasó aquí hasta el 14 de julio, fecha de mi última carta, la cual terminaba con el anuncio de uno de los acontecimientos más importantes de la

intervención: la proclamación del imperio y la elección del archiduque Maximiliano como emperador.

"Después, los acontecimientos que se habían entonces precipitado, recobraron una marcha más tranquila y, sobre todo, más conforme con la manera de ser del país.

"Fuera de los movimientos militares de que ya tienes conocimiento, las fuerzas francesas no han operado más que en los alrededores de México, y por pequeños destacamentos, en persecución de algunas guerrillas ó partidas de ladrones. Las operaciones hacia el interior han sido sin duda aplazadas para cuando terminen las lluvias, cuya abundancia las haría tropezar con obstáculos y dificultades, cuando no imposibles....

"En la organización gubernativa no veo con gusto lo que existe y me temo que esté haciendo falsa ruta. Una vez electo Maximiliano y mientras acepta y viene, se ha establecido una regencia del imperio, compuesta del triunvirato que ya existía, lo que significa que nada ha cambiado. Los mexicanos están á la cabeza del gobierno, á la cabeza de las administraciones, á la cabeza del ejército. La intervención no hace, pues, otra cosa, sino presenciar, reservándose la facultad de reprimir; pero dejando á los mexicanos, para los asuntos interiores de su país, una iniciativa que hacen uso lamentable.

"En lugar de ocuparse del interés general y de trabajar en pro de un acercamiento, en pro de una fusión indispensable para que el orden y la paz puedan restablecerse, los hombres del poder



—el partido reaccionario ó clerical—no admiten sino á los suyos, no trabajan sino para ellos mismos y no buscan sino la manera de recuperar su antigua dominación y preponderancia. No es ayudar al objeto de la intervención, ni servir los intereses del futuro emperador: éste, pues, lejos de encontrar á su llegada un país en vía de pacificación, no verá sino odios más ardientes que antes.

“No sé si semejante estado de cosas durará mucho; pero lo que veo es que el general Forey se ha visto ya obligado á recurrir á la represión, obligando á la Regencia á derogar dos ordenanzas que había promulgado hace algunos días: la primera sobre la suspensión del trabajo de las construcciones elevadas en el sitio de los conventos, que han pasado á ser de propiedad particular; la segunda, sobre que se impidiera el trabajo los domingos, á menos de haber permiso del cura.

“No sería el modo de llegar á nada bueno en este país, el dejar implantar otra vez la intolerancia religiosa: se necesita, al contrario, una tolerancia enorme, porque sin ella se le escapa su única probabilidad de salud y de prosperidad para el porvenir, que es la inmigración europea.

“Es preciso no engañarse: las razas que pueblan México son incapaces de caminar ellas solas: necesitan la preponderancia del elemento europeo; esta es una condición *sine qua non* y el ensayo que se hace en este momento de dejarlas que se gobiernen por sí mismas, no será sino una prueba más de su incapacidad para el gobierno.”

Estos desagradables síntomas que llegaban á Europa, enviados por personas independientes y no oficiales, constituían perpetuo tema de preocupación para el Emperador. De esa suerte, á cada correo, experimentaba la necesidad de escribir al comandante en jefe (que, por lo demás, como se verá más adelante, todavía no lo era de hecho.)

De Biarritz mismo envió al general Bazaine una carta confidencial, en la cual insistía en sus ideas externadas en la del 12 de septiembre y en el pensamiento de la emisión de un empréstito.

“Biarritz, 29 de septiembre de 1863.

“Mi querido general:

“Le escribo de nuevo hoy para, en cierto modo, repetirle lo que le dije en mi última carta. Pacificar el país, tratando de atraer á todos los hombres importantes de los diversos partidos; impedir la reacción, haciéndolo sentir que es siempre la espada de Francia la que manda; organizar un pequeño ejército mexicano (he leído con pena en un periódico el nombre de guardia imperial mexicana: eso sería un disparate). Tal debe ser el objeto de los esfuerzos de vd.

“*Le envío ese pasaje de una carta venida de México y que, según creo, refleja bastante bien el espíritu del ejército.*

“Uno de los problemas más importantes es el de la realización de un empréstito; y para apartar á los intrigantes, es de toda necesidad que el go-



bierno provisional confíe á alguno sus plenos poderes. Me he fijado en el señor Arrangoiz, hombre muy honorable, que ha sido dos veces ministro de Hacienda en México y está ahora cerca del archiduque: haga, pues, de modo que se le encargue de negociar un empréstito en Europa, bajo la vigilancia y con la autorización del gobierno francés.

“Para disminuir nuestros gastos, he pensado en realizar una idea que viene de vd. Consistiría en ceder por diez años la legión extranjera al nuevo Emperador de México. Entre tanto, yo desearía adoptar las medidas siguientes, sobre las cuales voy á entenderme con el ministro de la guerra, quien escribirá á vd. oficialmente. Esas medidas consistirían en:

“1.—Declarar que la legión extranjera permanecerá diez años en México.

“2.—Componer los cuadros con oficiales y con suboficiales franceses que consentirían en permanecer diez años en México, sin perder su calidad de franceses ni su grado en el ejército.

“3.—Con los cuadros existentes de la legión extranjera, formar dos regimientos, ascendiendo á todos los oficiales y sub-oficiales que lo merezcan.

“4.—Completar el efectivo con los mejores soldados indios, á los que se vestiría inmediatamente y á los cuales se habituaría á nuestra disciplina. Estos dos regimientos podrían elevarse á un efectivo de 4 á 5,000 hombres que, si fuere preciso, podría aumentarse enrolando otros en Eu-

ropa: formarían así un núcleo importante para el ejército del nuevo Emperador.

“Voy á examinar si me es posible enviar á vd. un nuevo regimiento de Francia para reemplazar la legión extranjera que entonces llamaría vd. al interior, pues creo que está ahora en las tierras calientes.

“Reciba, mi querido general, la seguridad de mi sincera amistad.

NAPOLÉON.”

El extracto que acompañaba á esta carta no tenía menos de diez y ocho páginas del ordinario formato epistolar: es un fragmento verdaderamente picante y escrito con cierta vena cáustica y muy irreverente. Se le atribuye al general Douay, cuya correspondencia privada era puesta con frecuencia á la vista del emperador Napoleón III; en efecto, apreciaba de una manera particular las cualidades militares y el carácter de este oficial superior, de quien hizo uno de sus edecanes, después de la campaña de México (1).

La carta está fechada en México el 26 de julio de 1863.

“... Para hacerle comprender bien la políti-

[1] Bazaine se engañaba y nosotros nos hemos engañado con él, atribuyendo esta carta al general Félix Douay. Se debe al teniente coronel H. Loizillon, quien la dirigió á Mme. Cornu, ahijada de Napoleón III. (Consúltese, al respecto, la obra titulada: *Cartas sobre la expedición de México*, del teniente coronel Loizillon, páginas 97 y siguientes.)